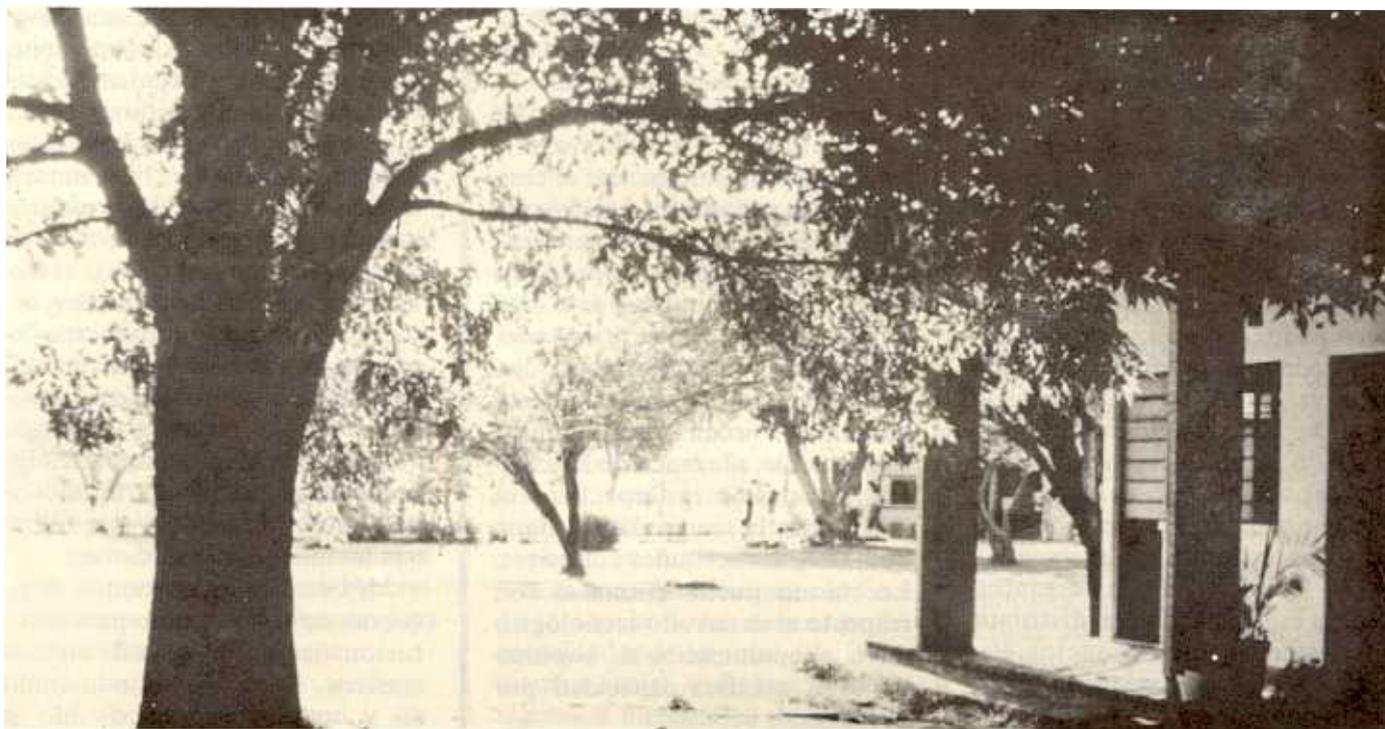


EL ITESO Y LAS CIENCIAS DE LA COMUNICACION

NOTAS PARA LA CONTEXTUALIZACION DE UNA HISTORIA PARTICULAR

Raúl Fuentes Navarro*



Los últimos treinta años, en los que se ha desenvuelto la historia del ITESO como institución universitaria, pueden considerarse sin mucha dificultad como el mismo periodo en que en México se ha desarrollado uno de los campos de estudio de más dinámico crecimiento y que mayor interés ha suscitado como opción de educación superior: ciencias de la comunicación. Este trabajo intenta aportar algunos elementos para contextualizar las búsquedas y resultados de nuestra Escuela desde su fundación en 1967, y promover reflexiones, debates y acciones que prefiguren actuaciones futuras, sin desconocer sus marcos de referencia externos.

La determinación del objeto de estudio

La comunicación es hoy referente de diversas prácticas, que com-

prometen a un número creciente de individuos e instituciones, y su presencia actual en los campos de atención y de actividad social es insoslayable. Al mismo tiempo que se presenta como fenómeno multiforme que incide sobre cada día más aspectos de la vida cotidiana, se ha constituido en objeto de investigación desde diversas perspectivas, en carrera universitaria de alta demanda y en una serie de actividades profesionales especializadas. Una idea fundamental que subyace en este trabajo es que, a pesar de la interdependencia que han mantenido las estructuras teórica, investigativa, universitaria y profesional en su desarrollo alrededor de la comunicación, las prácticas respectivas no se articulan armónica ni consistentemente entre sí. Más bien, cada una de ellas da lugar a vinculaciones diversas con distintos

elementos extracomunicacionales de la dinámica social. La serie de tensiones resultante es la trama sobre la que la Escuela ha debido trabajar y el origen de muchas de sus características distintivas.

Hace ya mucho tiempo que la “definición del objeto” es preocupación constante en el discurso de muchos estudiosos de la comunicación. Y es que ésta presenta esa dificultad que Piaget llamaba “dualidad epistemológica”: el sujeto humano interviene como investigador de fenómenos de los cuales es también actor. De ahí la necesidad de distinguir entre el carácter esencial de la comunicación, constituyente de las relaciones y las organizaciones

* Licenciado y maestro en Comunicación por el ITESO. Director de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del mismo.

sociales, y su carácter instrumental, determinado por éstas y orientado a operar mediaciones de alcances diversos en las prácticas de la sociedad.

Esta ambigüedad original del concepto "comunicación", que es más que una dificultad de lenguaje, ha condicionado su estudio y la elaboración de un sistema coherente de conocimientos, se ha complicado por los diversos sistemas teórico-metodológicos en que se ha encuadrado y por las motivaciones históricas extra-científicas en que se ha desarrollado. Porque, aunque sus antecedentes remitan mucho tiempo atrás, es en este siglo cuando las tecnologías de producción, reproducción y difusión de mensajes se han extendido inconteniblemente; cuando se han institucionalizado y abarcado a todas las sociedades las organizaciones especializadas en distribuir masivamente los productos elaborados gracias a esas tecnologías, hasta convertirse, como anota Esteinou, en "los principales aparatos de hegemonía"; cuando las representaciones del mundo y de la vida que introyectan y operan los sujetos dependen cada vez en mayor medida de la información que difunden los medios masivos.

El surgimiento de estos medios fue, en el contexto de la transformación social que a partir de la Revolución Industrial se extendió en Europa y los Estados Unidos, un estimulante conjunto de fenómenos para los investigadores sociales desde las primeras décadas de este siglo. Pero las explicaciones sistemáticas se han desarrollado sobre bases divergentes, sujetas a las interpretaciones y a los intereses y posiciones de los estudiosos, a su vez actores determinados por dinámicas socio-culturales heterogéneas y contradictorias.

La adopción del paradigma dominante

En los Estados Unidos, durante la época entre las dos guerras mundiales, los estudios sobre la propaganda y la opinión pública se convirtieron en el núcleo temático más importante para la generación de conocimiento sobre la comunicación social. Es comprensible que a los dirigentes de la primera potencia mundial les interesara sobremanera el control de las variables que incidirían en la persuasión de las "masas" acerca de sus designios políticos y por ello el impulso a este tipo de investigaciones fue prioritario. La guerra y sus implicaciones dieron un apoyo, que quizá en ninguna otra circunstancia hubiera sido posible, el avance de las ciencias sociales en los aspectos cruciales para la manipulación de la opinión y las actitudes colectivas. Lo mismo puede afirmarse con respecto al desarrollo tecnológico de las comunicaciones, impulsado a su máxima capacidad por necesidades bélicas.

Por ello, en un entorno que le disponía todas las condiciones favorables, el "paradigma dominante" del estudio de la comunicación se desarrolló en Norteamérica en menos de treinta años hasta los más altos niveles de formalización matemática, retomando elementos conceptuales y metodológicos de la sociología funcionalista, la antropología, la psicología experimental y social, la ciencia política y la ingeniería; disfrutando de financiamientos y apoyos de los más altos centros políticos, militares y de espionaje de los Estados Unidos; insertándose en las universidades en forma de proyectos y centros de investigación y formando a miles de investigadores que continuarán el desarrollo de los modelos adoptados; aplicando los conocimientos y probando hipótesis cada vez más refinadas en el inmejorable laboratorio de la sociedad

norteamericana y, crecientemente, en los países dependientes del nuevo imperio.

En la década de los cincuenta, además de una ciencia de la comunicación desarrollada sobre la acepción instrumentalista, normalizada y sólo marginalmente cuestionada, los Estados Unidos contaban con un sistema de comunicación de masas basado en los principios de la "libre empresa" en pleno auge y expansión mundial. Las agencias de noticias y los periódicos, el cine, la radio, la televisión, las historietas y demás instituciones y productos comunicacionales norteamericanos, consolidado su modelo, se expandían por el mundo, abriendo constantemente nuevos mercados como símbolos de la "modernidad" y el "desarrollo" al estilo y a la medida estadounidenses.

México siguió fielmente el esquema norteamericano para institucionalizar su sistema de medios masivos: la prensa se industrializó y comercializó, perdiendo el carácter eminentemente político que había tenido en el siglo XIX, tal como lo hizo la prensa norteamericana; la radio se impuso desde los años treinta sobre el modelo del entretenimiento comercial, de control privado, estadounidense, que habría de extenderse en 1950 a la televisión, desechando los esquemas europeos de servicio público. En la televisión, México tuvo el símbolo más notable de su modernidad y, como otros países de América Latina, el eje de dependencia alrededor del cual se afincó un modelo de comunicación operante no sólo en la cotidianidad social, sino también en el pensamiento sobre ella, en la determinación de usos y estrategias, y en la imaginación de un futuro. Este sería, en apretada y simplificadora síntesis, el contexto general de lo que significaba la comunicación en México cuando se fundó el ITESO.

Tanto en nuestro país como en el resto de Latinoamérica, la adopción del modelo norteamericano no se limitó a la mera dimensión institucional, sino que incluyó la adopción de modelos para la investigación y regulación, para la formación profesional, para la inserción en las estructuras multinacionales y para la comprensión teórica de todos estos fenómenos. De esta manera puede explicarse la inclusión del estudio de la comunicación social en las universidades, originalmente enfocada exclusivamente sobre el periodismo, tanto en los Estados Unidos como en América Latina, desligado de las actividades de investigación. Porque la importación de modelos para la profesión y para la industria siguió una lógica de inserción en las sociedades latinoamericanas, y la importación de modelos conceptuales y metodológicos para la investigación, otra.

La comunicación en las universidades

Los primeros cursos universitarios de periodismo en América Latina se comenzaron a impartir en los treinta en Argentina, como fuente de legitimación para la prensa y los periodistas. En México, las pioneras a nivel superior fueron la Escuela de Periodismo Carlos Septién García (1949), la Universidad Nacional Autónoma

de México (1951) y la Universidad Veracruzana (1954), cuyas carreras surgieron como respuesta a una necesidad de modernización y desarrollo de las prácticas periodísticas a través de la profesionalización de los informadores.

Durante los años cincuenta, este modelo de formación universitaria adquirió cierta solidez: pretendía capacitar técnica y culturalmente a los reporteros y redactores de la prensa escrita, y lo lograba en buena medida, relegando el trabajo teórico y el cuestionamiento del contexto social en que el periodismo habría de ejercerse. Pero el impulso modernizador desbordaba a la prensa, que además acusaba vicios y obstáculos tradicionales sobre los cuales fincó su industrialización, y ponía en lugar muy relevante a la radio y la televisión. Al final de la década de los cincuenta, las necesidades de impulso a la información social, definidas desde la ideología imperante, se desplazaban —ampliándose— hacia los nuevos medios electrónicos.

El mito de la comunicación de masas y su poder transformador de la sociedad tuvo su apogeo en México durante los años sesenta, como parte no accidental del “desarrollo estabilizador” y del “milagro mexicano”. La televisión, nacida e impulsada en ese contexto, pareció ser, para los responsables de la conducción

política y económica del país, el gran instrumento de la modernización “definitiva”. El optimismo sobre las bondades intrínsecas de la televisión era prácticamente general, no obstante el régimen de propiedad y control adoptado, que ponía los medios en manos de unos cuantos empresarios privados y sancionaba su desarrollo comercial mediante el financiamiento publicitario al mismo tiempo que reforzaba la dependencia tecnológica y de producción, quizá con la esperanza de superarla mediante la “sustitución de importaciones”.

Por ello, el proyecto de formar profesionistas que “impulsaran la fuerza de transformación social de los medios”, no podía limitarse a la mera capacitación técnica, que ya de por sí planteaba el reto de asimilar una evolución tecnológica muy compleja, sino que exigía además el dominio de los contenidos que habrían de constituir los mensajes a difundir. Por una parte, entonces, la comunicación se consideraba instrumentalmente: los medios afectarían a los sujetos y a las estructuras sociales en virtud de sus características inherentes, noción propia del pensamiento funcional norteamericano, pero al mismo tiempo se atendía a la importancia de los valores culturales, educativos y sociales que se canalizarían por los medios, desde un modelo de intelectual humanista.



En ese marco se ubica la fundación de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Iberoamericana (1960), origen de un nuevo modelo que habría de extenderse a otras universidades a partir de los setenta. El proyecto académico de la UIA, trazado por José Sánchez Villaseñor, buscaba la formación de "un hombre capaz de pensar por sí mismo, enraizado en su época, que gracias al dominio de las técnicas de difusión pone su saber y su mensaje al servicio de los más altos valores de la comunidad humana". La diferencia con las carreras de periodismo se planteó claramente desde el principio: el énfasis estaría puesto en la solidez intelectual proporcionada por las humanidades, pero de tal manera que garantizara la capacidad para acceder, a través de los medios, a la dinámica social. Sin una vinculación orgánica clara con la UIA a pesar de la presencia jesuítica en ambas universidades, la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO fue la primera fundada siguiendo el nuevo modelo. Esta historia particular comienza, entonces, en 1967, una década después de la fundación del ITESO.

El impulso original en el ITESO

Con los antecedentes apuntados puede situarse elementalmente el contexto externo prevaleciente cuando Robert McMahon llegó de los Estados Unidos a proponer la creación de la Escuela en una universidad todavía muy pequeña, carente de reconocimiento a sus estudios y con fuertes problemas económicos, pero rebosante de espíritu creativo y confianza en su proyecto en construcción. Casi sin más recursos que la fe y la buena voluntad transcurrieron los primeros años de la Escuela, que muy pronto contó con un proyecto académico propio, elaborado por profesores y alumnos.

Aunque para muchos resulta ahora difícil de creer, el impulso inicial lo dieron dos norteamericanos, Robert McMahon y John Boyle, sobre todo en la producción de medios, seguido un año después por el aporte jesuítico en humanidades, con Luis Sánchez Villaseñor, Javier Gómez Robledo y Raúl Mora entre otros.

Los primeros cinco años de vida de la Escuela se caracterizaron por el gran entusiasmo y la enorme dosis de creatividad que supone la fundación de un proyecto nuevo, pero también por la conciencia de que sólo a través de la participación constante y a fondo de todos y de la colaboración y apoyo mutuos, los ideales se convertirían en prácticas. Bajo la dirección de Juan José Coronado, y con ese espíritu, se diseñó y operó el primer curriculum, cuyo objetivo general era "impulsar la fuerza de transformación social de los medios de comunicación mediante la capacitación del alumno para que los conozca y valore y actúe creativamente a través de ellos". Un elemento clave, primera gran innovación metodológica de la escuela, fue el sistema de seminarios, que junto a la organización departamental y la flexibilidad curricular debida a la falta de reconocimiento oficial de los estudios, la erradicación de los exámenes y de otras formalidades tradicionales como la tesis, hizo posible que el aprendizaje dependiera fundamentalmente de la actividad individual y colectiva de los propios alumnos, apoyados por profesores que fomentaban y compartían plenamente el afán de búsqueda abierta y comprometida que, en lo personal y en lo social, el proyecto académico impulsaba.

En estos primeros años prevaleció con mucho la dinámica interna sobre las influencias que llegaban del exterior. Si bien se comenzaron a establecer contac-

tos, éstos se limitaron a esporádicos intercambios de experiencias, y los muchos elementos que los profesores que iban llegando incorporaban de sus trabajos previos, eran asimilados al intenso proceso de construcción profesional en marcha. El paso decisivo era ofrecer a la sociedad los servicios y proyectos gestados en la universidad, para los cuales no existía, evidentemente, demanda en los mercados profesionales.

Los esfuerzos para constituir a las nacientes ciencias de la comunicación en una carrera universitaria fueron indudablemente enormes y dejaron una experiencia muy rica en el ITESO como en las otras universidades que emprendieron tempranamente el proyecto. Pero la articulación de ese modelo de formación con las estructuras sociales vigentes en las prácticas profesionales impuesto, y sigue imponiendo, condiciones determinantes para el desarrollo de los ideales y la concreción social de los propósitos universitarios.

Durante años, muchos egresados intentaron insertarse profesionalmente en los medios masivos, con mucho menos éxito que el esperado. La previsión tácita de que las empresas de la industria cultural habrían de ser el empleador natural de los nuevos profesionistas fue, en buena medida, un supuesto ingenuo, ya que la formación universitaria no pudo nunca adaptarse al rapidísimo desarrollo técnico y tecnológico de los medios, y "la fuerza de transformación social" de éstos se orientó, por las características estructurales ya señaladas, no en el sentido educativo-cultural imaginado por los fundadores, sino en torno al reforzamiento publicitario de los ciclos de realización de las mercancías y la reafirmación del consenso social sobre un modelo de desarrollo del país a la medida de las mino-



rías dominantes y del capital transnacional. La búsqueda de campos de desarrollo profesional para los primeros comunicadores universitarios se abrió a la producción independiente, a la publicidad y las relaciones públicas, al propio sector educativo, a la comunicación interna en las empresas y a la promoción social entre grupos populares y marginados.

Desde el principio, entonces, la tensión entre el proyecto académico y las exigencias y limitaciones del ejercicio profesional fue desdibujando el perfil del comunicador, multiplicando y contraponiendo sus campos de ejercicio, y desarticulando los esfuerzos teóricos, investigativos, educativos y profesionales. Además, la primera mitad de los setenta hizo circular en México aires críticos en lo social y lo comunicacional, que cobró relevancia. La “apertura democrática” de Luis Echeverría no sólo impulsó fuertes movimientos en los círculos intelectuales y universitarios, simultáneos al auge de la guerrilla y consecuencia del sesentayocho, sino que estimuló el discurso impugnador de las prácticas de la televisión comercial y acogió a un gran número de sudamericanos que trajeron consigo experiencias, enfoques y consignas comunicacionales críticas, denunciando del imperialismo cultural.

Las corrientes críticas y la crisis de la escuela

Antes de que pudiera implantarse sólidamente en las universidades mexicanas una tradición de estudio de la comunicación según los esquemas norteamericanos, estas influencias coincidieron con la incorporación de corrientes europeas y con los primeros bosquejos de un pensamiento latinoamericano al respecto, contrapuestos ambos al “paradigma dominante”. De aquí surgió un elemento decisivo de inconsistencia para el desarrollo de la disciplina, por el carácter crítico de las nuevas corrientes teóricas y políticas, frontalmente contradictorias con las prácticas vigentes en la comunicación masiva y con los sistemas teórico-metodológicos que las justifican.

Por mencionar sólo una de esas corrientes, la teoría crítica de Frankfurt se opone a la aceptación de una investigación orientada abiertamente por los intereses de los organismos empresariales o gubernamentales, para los que el conocimiento y el uso de los medios masivos responde a una estrategia instrumental, y propone en cambio una concepción basada en la totalidad histórica en que tales medios se insertan. Confrontada la teoría crítica con las concepciones dominantes sobre la comunicación social, resalta la diferencia metodo-

lógica que las opone, por la incompatibilidad de sus fundamentos, respectivamente dialécticos y funcionales, y por el sentido político inherente en una y otra.

En ese contexto, mientras en América Latina sucedían acontecimientos de gran importancia para la comunicación, como las experiencias del gobierno de la Unidad Popular en Chile, origen —después del golpe de estado que asesinó a Allende en 1973— de la corriente “denuncista” encabezada por Armand Mattelart; la nacionalización de la prensa peruana en 1974 por el régimen militar revolucionario de Velasco Alvarado, derrocado un año después; las conferencias latinoamericanas sobre investigación de la comunicación (1973) y sobre políticas nacionales (1976), realizadas en Costa Rica; en el ITESO se debatía intensa y prolongadamente el proyecto académico, ante los problemas detectados en el plan de estudios y la incorporación de nuevas corrientes científicas, como la Teoría General de los Sistemas.

La crisis suscitada entre 1973 y 1975 obligó a la Escuela a cuestionar y replantear sus fundamentos, a redefinir su diseño curricular por el reconocimiento de validez oficial de los estudios por la SEP en 1975, y a resignificar su dinámica interna, gravemente desgastada por el debate. El periodo de Luis Morfín como director

(1975-1977) marcó la reconstrucción tanto del proyecto académico como de la dinámica institucional, y sentó las bases para los contactos externos y los intercambios que se desarrollarían después. La nueva formulación del Objetivo de Escuela pretendía "lograr que el alumno pueda un día actuar creativamente en la sociedad en la que vive, poniendo su saber y su mensaje al servicio de los más altos valores de la comunidad humana". El décimo aniversario de la Escuela, muy significativamente, se celebró con una reunión alrededor del tema "Comunicadores, ¿para qué?".

Los nuevos debates y las organizaciones académicas

Ya en la segunda mitad de los setenta, con la incorporación plena de los refugiados sudamericanos al estudio de la comunicación desde México, el crecimiento del número de escuelas y centros de investigación en el país, y una mayor conciencia de las articulaciones político-económicas que guiaban el desarrollo de los medios masivos, comenzaron a predominar las corrientes latinoamericanas: los esfuerzos por hacer las preguntas pertinentes en una realidad social estructuralmente distinta a la norteamericana o europea, y trazar las respuestas adecuadas ante una comunicación "dominada", inserta en una pro-

blemática histórica compleja y discordante. Así, desde entonces, la pedagogía del oprimido de Paulo Freire, la teoría de la dependencia, el análisis ideológico, la denuncia del imperialismo cultural, los modelos de planificación participativa, los replanteamientos teóricos de Antonio Pasquali, la recuperación de lo popular de Jesús Martín, y otras aportaciones latinoamericanas, han buscado romper la dependencia conceptual imperante y establecer, en fórmula de Moragas, "nuevos modelos de investigación para nuevos modelos de desarrollo" en el contexto de la búsqueda de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación contrapuesto a la estructura transnacional vigente, y una democratización de la comunicación en los ámbitos nacionales, regionales y locales, alterno a los sistemas hegemónicos de comunicación de masas, tanto al nivel de las prácticas microsociales como en el de las políticas nacionales de comunicación y cultura.

Todas estas temáticas y propuestas han circulado profusamente en las escuelas de comunicación, superponiéndose a los enfoques adoptados previamente, y constituyendo un verdadero laberinto conceptual imposible de integrar en visiones teóricas coherentes; ampliando y confundiendo a tal grado el objeto de estudio de los comunicadores, que la articulación del conocimiento

con las prácticas educativas y profesionales ha convertido a la carrera más en una agregación de modas efímeras y superficiales que en el espacio para una formación intelectual sólida y útil a la sociedad.

La constitución en 1976 del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) ha sido muy importante en este contexto, no porque haya aportado soluciones a los problemas fundamentales de las escuelas de comunicación en México, sino porque ha cumplido crecientemente con sus objetivos de establecer espacios universitarios de diálogo y conocimiento mutuo, de posibilitar intercambios y proyectos comunes, de proponer y llevar a la práctica acciones de superación académica, y de conjuntar esfuerzos y voluntades, más allá de las afinidades y diferencias personales e institucionales, en tareas como encuentros, seminarios y publicaciones, de interés general para las 36 universidades que lo forman. Este espacio de diálogo y trabajo en común, comparable con muy pocas asociaciones mexicanas por su composición plural, su persistencia temporal y su reconocimiento creciente, ha extendido sus alcances a nivel internacional a través de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), constituida en 1981



y que agrupa a la mayor parte de las escuelas de comunicación de América Latina. Tanto en CONEICC como en FELAFACS, la participación de los representantes del ITESO ha sido notable y reconocida, y ha facilitado en la Escuela la actualización permanente y el aprovechamiento de los intercambios académicos con las instituciones, organismos y personas más destacadas en el campo latinoamericano. Lo mismo puede afirmarse con respecto a la participación en la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), que desde su constitución en 1979 ha puesto mucho empeño para superar carencias en el estudio científico de la comunicación, buscar influencia en la toma de decisiones nacionales y apoyar gremialmente a sus asociados en el desarrollo académico, a través de sus reuniones nacionales, proyectos específicos y publicaciones especializadas. Destaca especialmente el papel desempeñado por la AMIC en el debate suscitado entre 1979 y 1982 sobre la reglamentación del Derecho a la Información, proyecto frustrado del régimen de José López Portillo.

En su tercer lustro de existencia (1977-1982), la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO, además de participar activamente en los organismos nacionales y latinoamericanos y gracias a ello establecer un alto pres-

tigio académico, resistió la tendencia imperante de crecimiento desmedido en el número de alumnos y concentró sus esfuerzos en la reconfiguración de su equipo magisterial y su proyecto. A partir de 1977, con Salvador Martínez y luego Cristina Romo en la dirección, el enfoque hacia los medios masivos como ámbito de ejercicio profesional dejó de tener preeminencia; se estableció el Taller de Multimedia, ahora llamado de Integración, como opción para cursar el último año de la carrera, innovación generada por un grupo de estudiantes luego adoptada institucionalmente, que es otra de las mayores aportaciones de la Escuela; y entró en vigencia un nuevo plan de estudios, en que se incorporaron estos elementos y otros, producto tanto de las experiencias previas de la Escuela como de las nuevas corrientes externas a ella.

La situación en los ochenta

La multiplicación de las instituciones en que se imparten carreras de comunicación en México, especialmente a partir de 1980, es asombrosa. A pesar de la carencia de datos confiables y completos, puede asegurarse que operan actualmente al menos 78 escuelas en el país, de las cuales sólo 26 (una de cada tres) existía hace diez años, y seis (una de cada trece), hace veinte. La población estudiantil total rebasa

los 25 mil alumnos, cifra equivalente al conjunto de quienes estudian carreras de ciencias básicas y naturales en México. Hay más de 3 mil profesores, un 20% aproximadamente de los cuales ha cursado estudios superiores a la licenciatura, y entre 10 y 15 mil egresados, de los cuales no más del 30% cuenta con título oficialmente reconocido. A esas cifras contribuye el ITESO con 290 alumnos, 35 profesores, 686 egresados y 60 titulados oficialmente reconocidos.

Los programas de maestría comenzaron a surgir en 1977, con la apertura del postgrado de la Universidad Iberoamericana, que fue seguido por los de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (1978), la Universidad Regiomontana (1982), la Universidad Autónoma de Nuevo León (1984), el Tecnológico de Monterrey (1984) y el ITESO (1985). Pronto, seguramente, surgirán nuevas maestrías, y no sorprendería a nadie que en los próximos años se abrieran cursos doctorales. Esta proliferación de programas de comunicación en las universidades sólo es explicable en el marco del desmesurado crecimiento y la inadecuada planeación que han caracterizado al sistema nacional de educación superior en su conjunto.

Por lo que toca a la investigación, es clara su escisión en dos vertientes, con características en muchos sentidos opuestas entre



sí. Por una parte, toda la segunda mitad del siglo ha presenciado el desarrollo de investigaciones aplicadas, la mayor parte de las cuales es encargada por los consorcios industriales, los medios masivos o los organismos gubernamentales, para sustentar campañas comerciales, propagandísticas o de capacitación. Por su propia naturaleza, los resultados de estas investigaciones rara vez se publican: se entregan a los clientes y diseñadores de estrategias. Por lo general utilizan metodologías empíricas e instrumentos estadísticos altamente sofisticados, y en muy escasa medida pueden considerarse contribuciones al conocimiento concreto de la realidad comunicacional de la sociedad mexicana.

En contraste, la investigación más vinculada con los ámbitos académicos, la desarrollada en las universidades y algunos centros, se caracteriza por su dispersión en cuanto a temáticas y enfoques teóricos y metodológicos, por su desvinculación con aplicaciones prácticas, por la escasez de apoyos financieros, técnicos y temporales, por la falta de continuidad y el apego a "modas" importadas, por inconsistencias metodológicas disfrazadas de crítica, y también, por aportaciones auténticas, relacionadas con los problemas y necesidades sociales de comunicación más urgentes y con las corrientes de pensamiento de mayor relevancia en el mundo, sobre todo latinoamericano, que no obstante, difícilmente superan la restringida circulación y discusión de documentos que imponen la carencia de revistas especializadas y de foros de debate científico y social de alto nivel.

En un trabajo reciente, Raúl Trejo señalaba que "un rasgo sobresaliente de la investigación sobre comunicación en México, es su estrecha relación con las escuelas universitarias, lo cual no

significa que esté ligada a la práctica profesional, ni al cotidiano y creciente funcionamiento de los principales medios de información. Igual que la docencia, la investigación ha estado distanciada de las realidades en nuestro país. Docencia e investigación corren por una línea, ensimismada y posiblemente crítica, pero alejada del campo profesional, en tanto que los medios crecen, se reproducen y ganan en arraigo social". La coincidencia con este planteamiento nos hace afirmar, sintéticamente, que el desarrollo de las ciencias de la comunicación en México es indudable, pero está marcado esencialmente por la inconsistencia entre las diversas estructuras que deberían integrarlas, por las divergencias y contradicciones de sus prácticas, y por una múltiple, inorgánica, confusa e intrincada red de vinculaciones con actores y proyectos sociales diversos y contrapuestos.

Es evidente que ninguna de estas condiciones ha dejado de hacerse sentir en el ITESO, y que las tensiones internas son en buena medida producto de su vigencia en nuestra Escuela, cuyo proyecto académico, a pesar de su claridad y solidez conceptual, ha provocado en los últimos años desubicaciones, inseguridades y desajustes en la práctica.

El desarrollo del énfasis predominante en la carrera a lo largo de la historia de la Escuela podría esquematizarse, con todos los riesgos de reduccionismo que esto implica, en cinco etapas superpuestas: A la época *humanista* corresponde la ilusión de que se transformaría a la sociedad a través de la actividad de profesionistas "preparados" ética y culturalmente, que los medios estarían ansiosos por recibir, a la *creativista*, la idea de la capacitación técnica como complemento necesario del humanismo para innovar los contenidos de los medios, en

la etapa *cientificista* surgió la conciencia de que la metodología científica debería fundamentar la comprensión sistemática de todos los fenómenos sobre los que se pretendía intervenir; la etapa *criticista* corresponde al cuestionamiento y descalificación de toda práctica o postura teórica que "reforzara" el orden social vigente; la *integracionista*, que parece estar llegando a su límite, denota la pretensión de formar a un profesional alternativo, capaz de desarrollar e integrar entre sí sus capacidades científicas, críticas y creativas, sobre una base humanista.

El reto asumido ha consistido en basar en mayor medida el proyecto académico en valores, conceptos y experiencias apropiadas, que en los intereses inmediatos de los estudiantes o en las demandas —casi inexistentes— de los mercados profesionales. No hay duda de que este proyecto universitario ha dejado una cauda muy rica de aprendizajes a quienes hemos participado de él como alumnos y profesores, y aportaciones de gran valor al proceso de consolidación de la carrera en el país y en América Latina. Como lo publicó no hace mucho Daniel Prieto, "una seria labor, un sentido de equipo y una sostenida línea de investigación han convertido al ITESO en un punto de referencia para los estudiosos de la comunicación en el contexto latinoamericano". Pero más allá de los logros y los reconocimientos, muchas veces inmerecidos, es necesario revisar y renovar, resignificar y revitalizar los conceptos y las prácticas que la Escuela ha sostenido y desarrollado hasta ahora. Es necesario el establecimiento de otra etapa, de otra innovación metodológica, de otra forma de articulación básica —en la tarea educativa— del conocimiento y la intuición, las necesidades sociales y las confi-



guraciones subjetivas, los valores orientadores y las dinámicas socioprofesionales, la experiencia acumulada durante veinte años y la imaginación de un futuro apropiable en común, más enfocado hacia y desde las prácticas sociales de los profesionales de la comunicación.

La reunión conmemorativa del décimo-quinto aniversario en 1982, y la que en estas fechas nos congregó alrededor del vigésimo, han sido ocasiones especiales para exponer y compartir lo que en el trabajo cotidiano son concreciones personales y sociales, y para reconocer, en palabras de Raúl Mora, que "todo provoca en nosotros, para hoy, para el futuro, una acción: hacer de las Ciencias de la Comunicación y de sus medios una acción radicalmente personalizante y abiertamente socializadora, con lo cual se afirman tres cosas: que las Ciencias de la Comunicación y sus valores, tal como los hemos vivido aquí, nos dan un modelo de la sociedad que anhelamos, que con esto tenemos un criterio con que seamos capaces de juzgar la validez de los medios de comunicación y del ejercicio de nuestra profesión, y que tenemos trazado, en bosquejo, el camino operativo que hemos de seguir. . . para preparar la fiesta del siglo nuevo."



Las nuevas perspectivas

En muchos sentidos, la década de los ochenta ha sido un periodo de frustraciones en el estudio de la comunicación, pero al mismo tiempo de reorientación de las energías, de recuperación y creación de caminos, y de reformulación de proyectos ante la crisis.

La incorporación de las nuevas tecnologías de información y comunicación, la telemática y los satélites, han hecho surgir nuevas preocupaciones teóricas, políticas, sociales y académicas. Los debates internacionales sobre la transnacionalización de la cultura y el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, las políticas nacionales y la lucha por la democratización de las sociedades, las instituciones y la comunicación, en los sistemas internacionales, los macrosociales y los comunitarios, marginales, alternativos; las búsquedas metodológicas para la planificación y evaluación de proyectos comunicacionales y para el diseño y práctica de la formación universitaria, han abierto nuevas perspectivas, y nuevas exigencias, para la comunicación social y sus prácticos y estudiosos.

Si hasta ahora las divergencias, contradicciones y desarticulacio-



nes han caracterizado a las ciencias de la comunicación en México y no sólo en él, la rearticulación es posible y cada vez más urgente. Hay recursos que pueden ser reorganizados y reorientados hacia metas que, con realismo, han ido clarificando su valor y viabilidad. La Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO cuenta con muchos de esos recursos y metas. Rearticularlos es la responsabilidad que hoy enfrentamos.

* Este trabajo resume parcialmente ideas contenidas en otros textos del autor, y fue presentado durante la celebración del XX Aniversario de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO, el 4 de septiembre de 1987.